

**NINGÚN LUGAR
MÁS QUE ACÁ**

NINGÚN LUGAR MÁS QUE ACÁ

JAZMÍN CARBALLO

concreto

Carballo, Jazmín

Ningún lugar más que acá / Jazmín Carballo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Concreto Editorial, 2019.

144 p. ; 20 x 14 cm. - (Colección Narrativa)

ISBN 978-987-46874-3-2

1. Novela. 2. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.
CDD A863



© 2019, Jazmín Carballo

© 2019, Concreto Editorial

Bartolomé Mitre 1773

(CP1037ABG), CABA, Argentina

editorial.concreto@gmail.com

concretoeditorial.com



Edición Belén Aspeleiter / Bianca Mera

Diseño de tapa / maquetación Belén Aspeleiter

Fotografía de tapa Liliana Malem

Corrección Catalina Guerrieri

Primera edición: mayo 2019

Queda hecho el depósito que indica la Ley 11 723

Impreso en Argentina / *printed in Argentina*

ISBN 978-987-46874-3-2

a Manuel por el fuego, los abrazos y por darse cuenta antes
a mi mamá y mi papá por enseñarme a escribir, contarme miles de
historias, por ser inspiración y contención infinita
a mi hermano por todas las obras de teatro que hicimos en el patio
y a mis amigos por ser espejo

Amanecí de noche. La computadora prendió, el velador no. Pensé que había sido en todo el edificio, pero, en el pasillo, mi vecino que pasea perros me dijo que en su casa había luz. Intenté comprar una lamparita, la ferretería estaba cerrada. Seguí caminando y llegué hasta Corrientes, entré en un café y me senté al lado de la ventana. Me quedé mirando a un hombre que hablaba con una mujer en la esquina. Él estiraba y agitaba las manos sosteniendo algo invisible, no le alcanzaba el cuerpo para decir lo que quería. Ella lo escuchaba inmutable, su cuerpo estaba ahí, su atención, en otro lugar. Quedarse quieta parecía ser su manera de estar en desacuerdo. ¿Qué pasa si dejo de mirarlos? ¿Se darán un abrazo? Las manos del hombre se agitaban en el aire. Ella cada vez más quieta, cada vez más cáscara. Hasta que, de un momento a otro, las manos de él se aquietaron, dejaron de sostener y lo invisible se esparció por el aire.

Las chicas me avisaron que estaban en lo de Paula. Salí del café sin haber pedido nada y tomé el colectivo. En el 39, me llamó mi mamá. Hablamos de lo ricas que son las roscas de Pascua, me dijo que extrañaba comer pan dulce, que tendrían que habilitarlo todo el año. Al final me preguntó cómo estaba, solo pude decirle que bien. Pensé que si el pan dulce estuviera habilitado todo el año sería agotador. ¿Las cosas se disfrutan porque sabemos que se terminan? Me cuesta salir de los co-

mienzos. Salir de los comienzos implica que las cosas terminen y un final se siente casi como quemarse con cera.

Bajé del colectivo, tenía un mensaje de Madonna que no supe responder. A Madonna elegí apodararlo así porque su nombre de pila me distrae. Caminé las cuadras que separaban la parada del departamento de Paula y encontré a un hombre baldeando la vereda de un supermercado chino. Fue él quien entró y salió con la lamparita en la mano y le pagué ahí mismo, en la calle. Llegué a lo de las chicas con 60 watts en la mochila, ellas estaban sentadas en el piso, descalzas, comiendo conejos de chocolate.

Esa noche fuimos a una fiesta en una casa que se estaba por demoler. Todas insistieron en que invitara a Madonna. Él aceptó sin dudar. Llegó puntual y nos llevó a las cuatro en su auto. Me sentí una hija durante ese viaje. Apenas entramos a la fiesta, cada una se dispersó por toda la casa. Madonna me llevó de la mano a la terraza y nos quedamos mirando la ciudad, una pequeña pared nos sostenía y, frente a nosotros, las luces de las casas se iban apagando. La terraza se llenó de gente de golpe, las charlas se mezclaban con la música y hacían un bloque sonoro que me dejaba ciega. Dos chicos con chupetines se acercaron y le pidieron una selfie a Madonna, aproveché y le dije que me iba al baño. Atravesé la terraza con dificultad pasando entre un cuerpo y otro, puse la mochila adelante para cuidar la lamparita.

Al final de las escaleras me encontré con la Tati. Hacía casi un mes que no la veía y nos dimos un abrazo triunfal que aplastó la mochila por completo. Detrás suyo apareció Maru con un costado de la cabeza rapado. Entre sus brazos, sostenía

un termo que mantenía fría una bebida dulce, no quisieron decirme qué tenía, era una mezcla secreta que habían inventado. Al beber sentí un sabor a chocolate y a canela que me mareó de golpe. Maru dijo que se habían cruzado con el Ruso más temprano y que creía que venía para la fiesta. ¿Estaba solo? Mi pregunta se diluyó con el grito de la Tati que anunciaba que se había comprado un auto, entonces las tres brindamos por eso.

La música en la parte de abajo sonaba más fuerte que arriba, nosotras bailábamos dando saltos entre celulares que iluminaban lo que parecía ser un comedor. Madonna apareció de la nada y me besó sosteniéndome la cara con las dos manos, me besó como si mi boca no estuviera ahí. Me sentí una pared. Terminó su beso y, así como llegó, desapareció. Las chicas me miraban como si hubiéramos ganado un partido de fútbol. Ellas querían sacarse una foto y, para mí, estar con él empezaba a sentirse como ser el marco de un cuadro.

Salimos de la fiesta en busca de más bebida. La Tati se había olvidado dónde había estacionado así que dimos vueltas por el barrio hasta que lo encontramos antes de llegar a la avenida. Nos fuimos cantando “Están lloviendo estrellas” con las ventanas abiertas. En el piso del auto rodaban botellas vacías que se chocaban y hacían *clin clin clin* cada vez que doblábamos en una esquina. Al salir de un túnel, la policía nos frenó. La Tati no pasó el control de alcoholemia y nos confesó que todavía no tenía el registro. Manejo yo, dijo Maru, que con una mano abría la puerta y con la otra sostenía el vodka. Un policía la apartó del auto para hacerle el control a ella también y le pidió que dejara la botella, pero Maru se negó a darle la botella y a que la tocara. Empezó a pedir a gritos una mujer policía. El

hombre policía intentó calmarla, ella le gritaba en la cara, estaba fuera de sí. La Tati se sumó a su reclamo gritando más fuerte, entonces bajé del auto con la intención de contenerlas, pero apenas pisé el asfalto mis rodillas se doblaron y quedé sentada en el piso sosteniéndome del picaporte. Nos sacaron del auto y nos sentaron en el cordón de la vereda. Saqué mi teléfono, estiré la mano y nos encuadré: logré publicarla con lo que me quedaba de batería, puse “Demoradas” como pie de foto. Al rato llegó otro patrullero, bajaron más policías, ninguna mujer. Hablaban por teléfono, charlaban entre ellos, pero a nosotras nada. Maru volvió a enfurecerse: que esto era ilegal, que tenían que dejarla llamar a un abogado. Los hombres policía la ignoraron hasta que ella se paró y los encaró para gritarles en la cara. La Tati se paró y se montó en los gritos también. A mí no me funcionaba el cuerpo, sentía los músculos como puré. Me paré como pude para intentar frenarlas y, como si estuviera coreografiado, los policías nos agarraron a las tres y nos metieron dentro de su auto.

Estaba por amanecer y nosotras en la comisaría llena de olor a café. Que tenía que ser corto, que ya nos sacaban, que estaba todo bien, me repetía Maru antes de empezar con las náuseas. Nosotras sentadas frente a una mesa en la que había una bandeja con medialunas y, al lado, los papeles donde un policía anotaba nuestros nombres. Algo en sus ojos me decía que ya lo conocía. ¿Era el que estaba en la puerta de Niceto? Casi le pregunto, pero se levantó a buscar un vaso con agua para darle a Maru que vomitaba dentro de un balde. Nos sacaron las mochilas, los celulares, las camperas. Nos llevaron a una habitación más grande con varias mujeres. Con Maru nos senta-

mos en un banco largo cerca de la puerta de rejas, ella seguía vomitando y yo le ventilaba la cara con un pedazo de cartón. En un momento se durmió y a mí se me acercó una mujer de pelo largo. Te parecés a mi hija, murmuró, y me besó el cachete. Después sacó una foto de la billetera, había una nena de diez años, sentada, con un fondo de plantas fuera de foco. Algo en sus ojos me daba ganas de abrazarla. Cuando le devolví la foto puso su mano sobre mi rodilla, no pude moverme. Parecía estar a punto de besarme cuando apareció otra mujer desde atrás, la tomó del hombro y la sacó en un segundo. La alejó y le dio un beso con pasión que enfatizó tocándole las tetas muy suave por arriba de la remera, la otra mujer se dejó llevar.

La Tati se acercó sollozando, se sentó en el piso y metió la cabeza entre las rodillas. Una mujer de musculosa nos miró y pegó un grito. ¿Ese grito era un ritual? Después se acercó lentamente y nos miró a cada una directo a los ojos. Su manera de mirar me dejó desorientada y atraída, no tenía bronca ni hostilidad, no era ansiedad ni amenaza. Una policía la alejó tomándola del brazo y le dijo algo así como tranquila que ya se las llevan. Escuchar eso detuvo el llanto de la Tati, que se paró y se puso a mirar el pasillo que daba a la puerta principal: toda su cara hacía fuerza como si intentara atraer a alguien que nos sacara de ahí. Me cuesta salir de los comienzos. Salir de los comienzos implica que las cosas se terminen y eso es casi, no como quemarse, sino como tragar cera. Pero en ese momento quería llegar a un desenlace. Iba a ser testigo de la primera vez que un final no implicara dolor. Ya llegaron, dijo la Tati sin moverse, mientras la policía se acercaba por atrás con la misma noticia.

Viajamos las tres en la parte de atrás del auto. Frenamos en una estación de servicio. Maru corrió a lavarse la cara, la Tati a buscar servilletas. Yo compré café con su mamá que me elogió la pollera. Dormí hasta las cinco de la tarde en Vicente López. Nuestros celulares en el piso, unidos por cables blancos a la zapatilla, parecían espermatozoides que cargaban batería. El mío tenía cinco llamadas perdidas: una de Madonna y cuatro de mi mamá. Salí al balcón y la llamé. Me contó del diluvio en Córdoba, que el agua había traído algo de frío y que era bueno que refrescara, siempre y cuando no fuera permanente. Hablamos de las pocas cosas que son permanentes y ella dijo que lo único permanente es la muerte. Ay, mamá, qué pensamiento. Nos despedimos con un te quiero y yo anoté su frase en mi celular. ¿Qué pasa con las cosas cuando no se terminan?

La mamá de la Tati me miró desde el patio y me dijo que había quedado tortilla de papa en la cocina. Ella estaba acostada al lado de la pileta, vestía una malla enteriza de leopardo y lentes de sol. Sentí que el pecho me quemaba, parecía que algo quería salir de mi interior. Las chicas seguían durmiendo con la ropa puesta. Entré al baño y vomité en el inodoro antes de poder arrodillarme. Quedé con la cabeza titilando y con un sabor agrio en la boca. Me subió tanto calor que se me salió la ropa y me metí debajo de la ducha sin pensar con qué toalla iba a secarme. Transité lo que quedó del domingo con ganas de dormir. Subí al colectivo con el pelo mojado, abrí el celular y vi un comentario del Ruso en nuestra foto de la noche anterior. Le escribí que estábamos bien y nos pusimos a chatear.

Me bajé del colectivo cuando ya se hacía de noche. Esa fue la última vez que dormí en su casa. No fue algo que hubiera planeado, tampoco una decisión suya.

Por la mañana quiso decirme algo que dejó por la mitad, entonces dijo que lo iba a escribir para poder ordenar lo que quería decir. Intuí que quería hablar de sus sentimientos, pero no quise ayudarlo. Al costado de la cama habían quedado platitos con restos de vela de la noche anterior que colgaban de los bordes como agua escarchada. Esa pausa en la cera podía sentirla en mí. En la casa del Ruso había electricidad. Mi foquito de luz seguía esperando dentro de la mochila. Él se levantó de la cama con la velocidad de un estornudo. Salió de la habitación sin vestirse. Yo quedé acostada, semidormida. Sentí mi cuerpo en contacto con la sábana, la sábana recibiendo mi calor, la espalda tirándome hacia atrás, mis caderas pesando más que todo lo que había en esa habitación.

El Ruso volvió con un cuaderno. Se sentó al pie de la cama y me leyó lo que había escrito. Leyó con su voz grave, tomando aire en las pausas. Escucharlo me calmaba. Escucharlo es silencio. A medida que leía, se le llenaban de calor los cachetes, parecía que estaba encendiéndose por dentro y que su piel era de papel. Lo que decía era contradictorio: se había enamorado, pero planeaba irse de viaje por trabajo. Y, aunque no lo dijo directamente, sentí que me invitaba a ir con él. Mi atención se

fue a la lágrima que le atravesaba el cachete, se desviaba con el labio y se metía dentro de la boca.

—No voy a viajar a ninguna parte, no ahora— le dije antes de que pudiera terminar.

Se quedó en silencio un segundo y, sin mirarme, retomó la lectura. Me pregunté si el amor alguna vez volvería a ser una experiencia para mí. El Aguja nunca me había leído nada, ni había escrito sobre su sentir. ¿Cómo podía ser que, en ese momento, se me disparara la imagen de su cara? No se formaba completa, la veía a través de un vidrio empañado. ¿Cuánto habrá cambiado mi cara desde que dejé de verlo? ¿Seguiría, el Aguja, viviendo en Córdoba? Mi cuerpo estaba ahí, en esa cama escuchando al Ruso, y pensé en que los momentos tienen otros momentos adentro y estos contienen otros, y así.

Dejó el cuaderno en el piso, al lado de los restos de vela. El calor en su cara había contagiado su pecho y su panza. Se acostó y quedamos frente a frente, puso un dedo en mi párpado y lo movió despacito, recorrió la cara y el cuello. Nuestra respiración aumentó, temí por nosotros, más por mí que por él. Besó mi espalda, se metió entre mis piernas y se quedó besando la unión de la pierna con la cadera. Mi respiración movía la panza que subía y bajaba como una ola en la orilla. Sentí que su cuerpo era una continuación del mío. Las olas que hacía mi panza subieron por el pecho hasta la garganta, sentí lágrimas sobre el cachete. Una catarata de agua que bajaba de mis ojos hasta el cuello. Quedé con los ojos abiertos mirando el techo, altísimo, lleno de telarañas. El Ruso me abrazó con todo el cuerpo, me besó y sentí que no había otro momento dentro de ese momento, sentí la garganta abriéndose y lloré de nuevo sin

poder decidirlo. Caí sobre las sábanas. Quise ponerme de pie, pero el cuerpo no me respondía. El Ruso prendió el ventilador y nos quedamos acostados escuchándolo, *tacatá tacatá tacatá*. Puso sus dedos en mi cuello y apretó marcando el *tacatá* hasta que me dormí.

Sueño que tengo alas de mariposa, pero no se ven porque me quedan chiquitas en relación con el cuerpo. El único que se da cuenta es mi papá. Caminamos hasta una calle de tierra y yo le muestro mi aleteo. Me elevo sin esfuerzo y él desde abajo me dice que lo bueno de la vida es poder darse cuenta de las cosas. Cada vez subo más alto y ya no puedo escucharlo. Ahora en vez de alas tengo globos aerostáticos y no los puedo controlar. Cuanto más alto vuelo, mi papá más empequeñece. Siento impotencia y angustia.

Amanecí otra vez de noche. Lo que siguió fue una ducha de a dos. El magnetismo nos había tomado. En ese momento no entendí si lo que estaba viviendo era un comienzo o si estaba saliendo de él. Mi sensor de finales estaba cerca de la inhibición.